

señores de los castillos y recibían el dinero necesario con una simple cédula.» El príncipe tenía en los mejores tiempos un producto líquido de más de 100,000 piezas de oro anuales y en sus soberbios castillos una corte tan brillante y de un gusto tan exquisito, que gozaba de la fama más encumbrada entre los caballeros de Occidente, por lo cual el país de Acaya fué llamado «el placer de los latinos.»

De iguales ventajas que las del Peloponeso disfrutaban Atenas y Tebas, el inmediato territorio colonial de Venecia y las islas de los príncipes venecianos, principalmente las de los duques de Naxos, de la familia de los Sanudos. Una nueva Francia se levantó en la patria de Licurgo y de Solon; una nueva Italia se extendió de isla á isla. El vigor de los occidentales se creó allí una segunda patria deliciosa, hermosea por todos los placeres de un cielo meridional (1).

Pero este resultado de la cuarta cruzada estuvo también aquí expuesto á serios peligros por el mismo tiempo en que fué destruido el imperio latino, pues también hubo discordias producto de la envidia y ambición, como entre los magnates francos.

El príncipe Guillermo de Acaya tomó, á mediados del año 1250, la funesta resolución de apoderarse, fundado en la sombra de un derecho hereditario, de una parte de la rica isla de Negroponto (Eubea), en la cual se habían establecido desde el 1205 varios nobles veroneses, principalmente miembros de la familia *Dalle Carveri*. Al lado de ellos se había extendido poco á poco Venecia y aspiraba sin cesar á someter para sí aquella isla tan grande, tan bien situada, para de este modo aumentar su dominación. Así se comprende que las intenciones del príncipe Guillermo tenían que producir funestas discordias. Para rechazar el ataque del Peloponeso contra la isla de Eubea reunió Venecia en torno suyo la mayor parte de los pequeños señores francos, entre ellos Guido de la Roche, el gran señor de Atenas. Guillermo emprendió, sin embargo, la guerra, con la cual causó grandes pérdidas en todas partes, sin alterar esencialmente la repartición del territorio, según había estado. No mucho después se alió Guillermo con los epirotas contra el emperador Miguel VIII, y fué hecho prisionero por los bizantinos en aquella derrota sangrienta cerca de Pelagonia. Para recobrar su libertad tuvo que ceder al emperador en el año 1262 las plazas y ciudades de Monembasia, Misitra y Gran-Maina, que dominaban el SE. del Peloponeso, y ya desde entonces quedó introducida una peligrosísima cuña de territorio griego en el centro de aquellos dominios franco-venecianos.

#### FIN DE LA DOMINACION LATINA EN GRECIA

En el sexto y séptimo decenio del siglo XIII tuvo la lucha entre griegos y latinos un carácter relativamente grandioso. Importantes príncipes estaban á la cabeza de ambos partidos: de un lado el victorioso emperador Miguel, de otro el activo Guillermo de Acaya, el último Villehardouin, y sobre todo Carlos de Anjou, el vencedor de los príncipes de la casa imperial de Suabia, que había casado á su hijo Felipe con Isabel, hija de Guillermo. La agrupación de los pequeños Estados que se enredaron en las discordias de los jefes principales era muy heterogénea. Carlos y Guillermo estaban en alianza con los príncipes epirotas, los cuales procuraron defender su independencia contra el emperador. Miguel era generalmente favorable á los genoveses, para con los cuales

(1) En aquel tiempo recibió el Peloponeso el nombre de Morea. Entre las diferentes explicaciones á que ha dado origen, es sin duda exacta la que le hace derivar simplemente de la trasposición de las consonantes en boca de los francos: *Moraas* ó *Moraías*, por *Romaia*, *Romea*, país de los Romeos, ó sea de los griegos.

cumplió la promesa que les había hecho antes de la toma de Constantinopla, y que entonces, á pesar de errores ocasionales, fueron la principal potencia comercial del Bósforo y de los territorios griegos pertenecientes al imperio. Con lentitud, pero también con seguridad, sacó Miguel gran partido de las circunstancias, ora porque el sentimiento nacional de los griegos, fortalecido bajo el peso de la dominación latina ó sea de extranjeros, le aseguró un apoyo poderoso, ora porque él mismo obró con superior discreción y habilidad ganando al Papa por algún tiempo, mediante la esperanza de unión de la Iglesia griega con la latina.

En marzo de 1282 estallaron las «Visperas Sicilianas.» Se pierde Sicilia para los de Anjou y se somete á los aragoneses, herederos de los príncipes de Suabia y amigos de los Paleólogos. Pero el emperador no puede sacar partido de este cambio tan favorable de los sucesos, porque muere en el mismo año; y como Guillermo Villehardouin le había precedido poco antes en la muerte y Carlos de Anjou le siguió poco después (1285), aparecen casi simultáneamente hombres nuevos en todos los teatros de la guerra greco-latina. La marcha de los sucesos toma un carácter enteramente distinto bajo su actividad. El hijo y sucesor de Miguel, Andrónico II (1282-1328) se apoya aun más decididamente que su padre en el sentimiento nacional del pueblo griego, adoptando con fanatismo la hostilidad de sus compatriotas contra la organización de la Iglesia romana sin conceder al asunto de la unión religiosa, ni siquiera favores aparentes; pero nada ganó de este modo en orden á su situación para con los occidentales, pues era además caprichoso, terco, sin aficiones para la guerra, avaro unas veces, otras pródigo, y siempre inoportunamente. Verdad es que al trastorno de la hacienda había abierto ya ancha puerta Miguel VIII, el cual, para hacer olvidar la usurpación de la corona, no solamente había colmado á los grandes del imperio de regalos sacados del tesoro de sus predecesores económicos, sino que tuvo buen cuidado de hacer brillar el esplendor de la capital reconquistada. Aquí está el origen de los antiguos defectos de la administración bizantina, el empobrecimiento de las provincias en favor de la capital, la centralización de la vida pública y la corrupción de las altas clases de la sociedad. En tiempo de Andrónico II se aumentaron todos estos males, pero también por no tener afición al arte de la guerra vino muy pronto la decadencia del ejército y de la marina y, por consiguiente, la falta absoluta de defensa en su imperio.

Los francos, sin embargo, no podían aprovecharse de esta circunstancia, porque las fuerzas de los Anjovinos estaban quebrantadas para mucho tiempo á causa de la pérdida de Sicilia, y porque no se levantó tampoco en el Peloponeso un vigoroso gobierno después de la muerte de los Villehardouins. Así como el imperio se abismó en su debilidad senil, del mismo modo se debilitó también la organización en los Estados de la Francia griega; las discordias y las violencias cambiaron en poco tiempo el Peloponeso en país clásico de la anarquía feudal.

Como por un relámpago en noche oscura, así se iluminó de pronto este triste estado de cosas por medio de una horrible catástrofe á principios del siglo XIV. Los de Anjou hicieron la paz en 1302 con los aragoneses, cediéndoles la Sicilia. Las mejores tropas mercenarias de los aragoneses, la llamada «gran compañía catalana,» estaban sin ocupación en Sicilia y correspondieron, por lo tanto, con gusto á la invitación del emperador Andrónico de encargarse de librar en adelante sus batallas. Pero poco tiempo después, se separaron los catalanes de los bizantinos, por culpa de estos últimos, y á pesar de no contar más de unos pocos miles, llegaron á ser el azote invencible de todo el territorio greco-franco,

desde Constantinopla hasta Corinto. Devastaron por años enteros la Tracia, la Macedonia y la Tesalia; acabaron con la nobleza orgullosa de la Grecia latina en la sangrienta batalla, dada á orillas del Cefiso (15 de marzo de 1311), y se establecieron al fin de una manera permanente en Atica (1).

Mientras tanto, se preparaba aquella horrible catástrofe en la cual habían de sucumbir todos los cristianos sobre el suelo bizantino, griegos y latinos, franceses é italianos; pues desde el tercer decenio del siglo XIII nuevas hordas turcomanas, cediendo á los mogoles del interior y O. de Asia, habían sido recibidas en el territorio de Iconio por los seldyucidas descendientes de la misma raza y se establecieron en la frontera bizantina en los alrededores de Dorilea. Cuando su número fué aumentando y ellos comprendieron la importancia de su vigor lozano, se colocaron independientes entre los seldyucidas y bizantinos, y llegaron á ser en tiempos del emperador Andrónico, y bajo su jefe Osman, el enemigo más peligroso de los griegos del Asia Menor. Su procedimiento de hacer á los países que iban á conquistar incapaces de resistencia por frecuentes invasiones devastadoras y sin piedad, recordó los sufrimientos más acerbos que los bizantinos habían recibido de los seldyucidas en el siglo XI. Su valor podía igualarse con el de los cristianos, al paso que su disciplina y obediencia á sus superiores aventajaban mucho á los griegos y á los latinos.

Este nuevo poder de los turco-osmanes tuvo una ocasión de extenderse tanto más propicia cuanto que la cristiandad continuó despedazándose á sí misma. El imperio bizantino sufrió grandemente bajo las discordias dinásticas; los latinos, principalmente los genoveses y venecianos, se combatieron mutuamente con ciego furor, y los serbios conquistaron todo el territorio del mar Egeo cuando los búlgaros desaparecieron de la escena. Después pasaron los osmanes el Helesponto, se establecieron sólidamente en la península de los Balcanes, destruyeron el poder de los serbios, tomaron á Constantinopla y se apoderaron de los pequeños Estados de los latinos. Solo Venecia conservó todavía por largos años su dominio sobre una parte de las islas; pero la suerte que el emperador Alejo I, el fundador del poder de los Comnenos, había previsto y tratado de evitar á su imperio, se cumplió entonces de una manera definitiva y terrible.

## CAPITULO IX

### QUINTA CRUZADA (2)

#### SIRIA DESDE 1205

Los cristiano-sirios, á los que volvemos de nuevo, vivían en una situación muy lamentable en los primeros años que

(1) Nuestro historiador Moncada ha referido las hazañas de estos guerreros en su obra *Expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos* (1655). Roger de Flor, que había tomado parte en la defensa de Acre, cuando esta ciudad en 1291 cayó en poder de los musulmanes, recorrió los mares con una pequeña escuadra, y pasó después al servicio de Andrónico, mandando los tercios de Aragón y Cataluña. Puesto al frente de 2,000 catalanes, derrotó en un encuentro al ejército turco. El emperador le dió el título de César y le casó con su hermana; pero poco después, celoso de su influencia y de su valer, le hizo asesinar (1306). Tenía entonces Roger 44 años. Sus oficiales indignados ante esta traición, juraron vengarle. Berenguer de Entenza primero, y después de muerto este, Berenguer de Rocafort, Ramon Muntaner y otros varios jefes, puestos al frente de la expedición catalana-aragonesa, se volvieron contra los griegos, asolaron el país y por último fundaron en el Atica el ducado de Atenas que duró todavía largos años. (N. del T.)

(2) Wilken, «Historia de las Cruzadas,» t. II etc. Winkelmann, «Historia del emperador Federico II y de su reinado,» Berlin 1863. Schirmacher, «El emperador Federico II,» 4 ts., Göttinga 1859-1865. Röhrich, «La cruzada de los niños,» en la Revista histórica de Sybel,

siguieron á la conquista de Constantinopla por los latinos. Entre Leon de Armenia y Boemundo de Antioquia continuaban las antiguas discordias. Una vez se apoderó el rey, con ayuda de sus partidarios antioqueños, de la capital del príncipe, pero al cabo de pocos meses este volvió á ganarla, vengándose cruelmente de sus súbditos desleales y estimulando á los musulmanes de Alepo á la guerra contra los armenios. Entre tanto murió en San Juan de Acre el 1.º de abril de 1205 el rey Amalrico. El resto del reino de Jerusalen tocó en suerte á su hijastra María Yolanda, que descendía del matrimonio de su esposa Isabel con el marqués de Monferrato, mientras que su hijo Hugo, habido en su primer matrimonio con una noble señora de Jerusalen, heredó la isla de Chipre. María, como Hugo, eran todavía de menor edad, por cuyo motivo se estableció un gobierno tutelar en ambos pequeños Estados. Buscaron en seguida un esposo para la joven reina de Jerusalen y recayó la elección en el conde Juan de Brienne, hombre ya conocido entonces por su valor militar, cuyo fin, como regente de Constantinopla, hemos referido en el capítulo anterior. En setiembre de 1210 llegó Juan á Siria subvencionado por el Papa, al frente de un pequeño ejército de cruzados, y se casó en seguida con María; pero su poder era insignificante para que pudiera por sí solo intentar seriamente la reconquista de Jerusalen, y así es que se vió obligado á vivir en paz con los musulmanes, esperando que una nueva cruzada le llevara tal vez socorros suficientes. De esta paz sacaron finalmente mucha menor ventaja los cristianos que sus adversarios, pues cuanto más tiempo duraba el armisticio tanto más firme fundaba su poder en el Asia y en el Egipto el sultan Almelik Aladil, y tanto más inverosímil era que los cruzados pudieran arrancar á los musulmanes un considerable territorio. Esto, lo había ya comprendido perfectamente el sagaz sultan y por eso trabajó sin cesar en favor de la conservación de la paz. De vez en cuando estalló la lucha entre ambos partidos; pero las negociaciones lograron restablecer el armisticio después de corta interrupción. Aladil también consiguió hacer alianza con una de las potencias cristianas de Europa, es decir, con la república de Venecia, pues los astutos habitantes de la ciudad de las lagunas le habían hecho comprender, después de la toma de Constantinopla, cuánto debía agradecerles que gracias á ellos no se hubiera dirigido la cuarta cruzada contra el Egipto, según se había propuesto al principio. Después de esto les concedió el sultan por los años 1208 un tratado de comercio que prestó las mayores ventajas á sus relaciones comerciales con Alejandría y todos los puntos del valle del Nilo (3).

En tales circunstancias se veían los Estados sirios de los cruzados entregados sin salvación á una lenta ruina, si un levantamiento poderoso del Occidente no cambiaba radicalmente en su favor el equilibrio de los poderes del Norte de Asia; pero ¿de dónde había de venir tal movimiento? Italia estaba dividida por las muchas guerras; Alemania se desangraba por las muchas heridas causadas en la lucha sin fin entre los suabos y los güelfos; la Francia meridional, en otro tiempo territorio el más fiel de la Iglesia romana, estaba devastada por la horrible guerra contra los herejes albigenes, y la corona francesa se hallaba también entonces en lucha secular con el rey de Inglaterra.

t. 36, 1876. Röhrich, «El movimiento de cruzada en el año 1217» en los Estudios indagatorios para la historia alemana, 1876. Röhrich, «El sitio de Damietta» en el compendio histórico de Raumez, publicado por Riehl, 1876. Röhrich, «La cruzada del emperador Federico II» en sus Apuntes para la historia de las Cruzadas, tomo I.

(3) Véase Heyd, «Historia del comercio con el Oriente en la Edad media,» I, 440 y siguientes.